

En una trama infinita

Antología





Un Brujo de los Confines no es más ni es menos que un nogal; un nacimiento humano no es más ni es menos que una floración, un astrónomo escrutando las estrellas no es más ni es menos que un pez desovando.

El cazador no es más ni es menos que la presa que necesita para vivir; un hombre no es más ni es menos que el maíz que lo alimenta. Esto es lo que Zabrackán dijo; y es lo primordial. La creación es una urdimbre perfecta. Todo en ella tiene su proporción y su correspondencia. Todo está hilado con todo en una trama infinita que no podrían reproducir ni mis amadas tejedoras del sur. Pobres de nosotros si olvidamos que somos un telar.

LILIANA BODOC, *Los días del venado*, 2000.

Lo último que oyó fue el bolígrafo de Fenoglio deslizándose sobre el papel, de letra en letra, veloz como la lanzadera de un telar que va creando una imagen espléndida a partir de hilos negros (...).

“¡Cada letra, cada una de ellas, es fundamental! –pensó Meggie–. Haz que resuenen, haz que tamborileen, haz que cuchicheen, y susurren, y rueden...”. Y comenzó la lectura.

CORNELIA FUNKE, *Corazón de tinta*, 2003.

En una trama infinita

Antología de obras ganadoras y
finalistas del concurso de creación
artística realizado durante el
IV Seminario de Literatura Infantil y
Juvenil de Pereira LIJPE
en el año 2020.



Obras ganadoras y finalistas del concurso convocado por Cornelia Funke en el IV Seminario de Literatura Infantil y Juvenil de Pereira, LIJPE, 2020. El jurado estuvo conformado por Angela Colls, Adolfo Córdova, Susana Figueroa, Cornelia Funke, María Fernanda García, Andrés Jiménez y Julio Romano.

Primera edición marzo de 2023
[Primera edición en libro electrónico, 2023]

@ de los textos: Katia Álvarez, Laura Basso, Natalia Charry, Adolfo Córdova, Karina Echevarría, Dana Elizondo, Cornelia Funke, Brenda González, Andrés Jiménez, Liliana Moreno, Martha Beatriz Noriega, Mariana Piñeros, Alberto Pocasangre y Silvia Zenteno. 2020

El cuento "La hermosa niña de pelo turquesa" forma parte del libro *El dragón blanco y otros personajes olvidados*, editado originalmente por el Fondo de Cultura Económica en México, 2016

@ de las ilustraciones Itandehui Cruz, Raquel Mora, Juliana Muñoz Toro (fotografía de Julián Mora Oberlaender), Camilo Revelo y Carolina Suri. 2020

@ de las piezas musicales Santiago Arboleda y Daniel Stiven López, 2020

@ Ilustración de portada: Juliana Muñoz Toro (fotografía de Julián Mora)
@Diseño de portada: Gisela Hincapié

Coordinación general: Andrés Jiménez
Edición de textos: Adolfo Córdova
Diseño: Mariana Piñeros
Edición de ilustraciones y fotografías: Gisela Hincapié

www.lijpe.com

En una trama infinita

Selección de obras del concurso de creación artística convocado por Cornelia Funke, en el IV Seminario de Literatura Infantil y Juvenil de Pereira, LIJPE, y coordinado por Andrés Jiménez y Adolfo Córdova.

Cuentos y poemas

*Katia Álvarez | Laura Basso | Natalia Charry
Karina Echevarría | Dana Elizondo | Brenda González
Liliana Moreno | Martha Beatriz Noriega
Mariana Piñeros | Alberto Pocasangre | Silvia Zenteno*

Ilustraciones

*Itandehui Cruz | Raquel Mora | Juliana Muñoz Toro
Mariana Piñeros | Camilo Revelo | Carolina Suri*

Piezas musicales

Santiago Arboleda | Friki López



Esta trama

Andrés Jiménez

El Seminario de Literatura Infantil y Juvenil de Pereira LIJPE nació en el año 2017 como una iniciativa para traer a una pequeña ciudad, enclavada en las montañas cafeteras de Colombia, a algunos de los exponentes más destacados de la LIJ latinoamericana. ¿Quién podría imaginar que cinco años después sería un evento que convocaría anualmente a decenas de miles de personas de toda América Latina, y que más allá de su alcance académico se convertiría en una celebración de nuestros lazos de hermandad y de nuestra capacidad de soñar aun en el contexto de una crisis como la desatada por la pandemia del COVID-19?

Este libro tuvo su origen, precisamente, en esos días de encierro e incertidumbre del inicio del 2020, en los que tomamos la decisión de hacer a LIJPE más grande en lugar de más pequeño, y de trabajar desde la creatividad, la flexibilidad y el amor para llevar a cabo un programa de conferencias, conversatorios y talleres virtuales en el que pudiéramos encender una llama de esperanza para todos aquellos que quisieran acercarse a ella.

Mi amigo Adolfo Córdova hacía parte de ese programa, y quiso el destino que en ese momento se encontrara haciendo una residencia artística en California en la granja de Cornelia Funke, a quien invitamos a charlar con Adolfo aprovechando la

sincronía. Al final de ese conversatorio, y sin ningún aviso previo, Cornelia dijo que ofrecería una residencia de siete días en su granja, con todo pagado, a dos ganadores de un concurso que consistiría en elaborar un texto, ilustración o pieza de música a partir de uno de los cuentos del libro de Adolfo *El Dragón Blanco y Otros Personajes Olvidados*, o usando la premisa de su libro: escribir historias de personajes secundarios.

De nuevo: ¿quién podría imaginar que, una vez recibidas las obras, Cornelia decidiera no dar sólo dos premios, sino once? ¿Y que los ganadores viajarían ya no a California, sino a su nueva residencia en la Toscana italiana? ¿Y que, a partir de todas las obras recibidas, nacería la idea de realizar este libro?

Hoy celebro que la realidad haya superado largamente el alcance de mi imaginación, y doy las gracias a Adolfo, a Cornelia y a todas las personas que participaron por haber sido co-creadores de esta magia inesperada.

Agradezco también, por su apoyo incondicional desde el principio de esta aventura, a la Fundación para la Cultura, la Ciencia y la Tecnología. Sin ellos todo esto no habría sido posible.

Y gracias, por supuesto, a la vida por permitirme seguir viviendo sus milagros.

Disfruten del libro y de todo el amor y belleza que contiene.

Andrés Jiménez Montoya. Director del Seminario de Literatura Infantil y Juvenil de Pereira LIJPE. Asesor Cultural de la Fundación para la Cultura, la Ciencia y la Tecnología

Prefacio

Cornelia Funke

Las semillas de este libro fueron plantadas hace algunos años cuando hice un evento en línea para la Feria del Libro de Guadalajara. Un joven escritor y periodista mexicano, Adolfo Córdova, se aseguró de que a pesar de mi muy malo español mis lectores pudieran enterarse de mi escritura, hacerme preguntas y entender mis respuestas en inglés.

Yo disfruté tanto esa conversación que Adolfo inspiró y nutrió que lo invité a ser un artista residente en mi rancho en Malibú. No sabía entonces que Adolfo se convertiría en el artista que llegaría justo a tiempo para lograr que yo no renunciara a ese proyecto.

¿Cómo? Bueno... Adolfo y su esposa Mariela llegaron, aceptando mi invitación, en uno de los días más tristes de mi vida. Era el año 2019 y Malibú había sido severamente quemada por el incendio de Wolseley. Mi rancho estaba aún en pie sólo gracias a otro mexicano, Alfonso Fuentes, y a tres de sus hombres que habían luchado por cuatro días con sus noches para salvar a mis animales, mis recuerdos y... mis cuadernos. Desde entonces le he dedicado dos libros a Alfonso y lo convertí en uno de los personajes de mi última aventura de Dragonrider. Cuando volví a mi rancho, Alfonso y su hermano Carlos estaban construyendo nuevas cercas y un nuevo puente sobre mi arroyo. Pero incluso ellos no pudieron salvar a la

burrita bebé a la que mi burra Esperanza había dado a luz la noche previa al día que Adolfo y Mariela llegaron. Esperanza había tenido que correr mucho los días de los incendios y había sentido demasiado miedo, lo que pudo haber afectado su embarazo. Todos luchamos por muchas horas pero la pequeña burrita, Flama, murió y yo pensé: Cornelia, admítelo. Estás derrotada. Ríndete. ¡Es demasiado! Búscate una pequeña casita y escribe algunos libros y olvídate de este programa de Artistas en Residencia y terrenos y cosas salvajes a tu alrededor.

Pero... la vida tiene sus propios caminos, nos asombra como una muy buena historia y a menudo revela sus verdades en maneras sorprendentes.

Justo aquel día, Adolfo y Mariela llegaron manejando a mi Rancho. Estuvieron conmigo cuando arrojamos flores a la tumba de Flama, nos despedimos de la burrita juntos (Adolfo escribiría un cuento sobre ella después) y me di cuenta de que no me rendiría mientras tuviera artistas tan mágicos como mis invitados y amigos.

Adolfo y Mariela han pasado muchos meses en Bonsall, mi rancho en Malibú. Ellos volvieron para otro momento desafiante (la llegada de los confinamientos del Covid y las cuarentenas) y una vez más convertimos juntos un tiempo difícil en algo hermoso.

Durante esa estadía Adolfo y yo hicimos otro evento en línea, esta vez con el LIJPE. Y la historia continuó. Yo sugerí un concurso basado en su libro *El Dragón Blanco*, invitando artistas para que hicieran sus propias interpretaciones de él, bien fuera en palabras, imágenes o música. Los ganadores vendrían a mi rancho.

La idea tuvo resultados maravillosos. Pero cuando llegó el momento de cumplir mi promesa y recibir a los ganadores, yo había dejado Malibú para mudarme a Italia y continuar con mi proyecto en Fraggina. Y justo cuando habíamos reservado los vuelos estalló una guerra (para enseñarnos una vez más que la vida no sigue nuestros planes). La guerra aún destruye nuestros sueños de paz y de un mundo que se trate de crear vida y no de aniquilarla. Pero los artistas continuarán viniendo aquí. Y juntos celebraremos la vida y la belleza y la tristeza de este mundo. ¡Y Adolfo me seguirá ayudando con mi muy malo español!

Así que... espero que este libro revele las semillas de un jardín que crecerá en el futuro.

Cornelia Funke. Escritora e ilustradora alemana, autora de más de 40 libros para niños y jóvenes, entre los cuales se incluyen sagas mundialmente famosas como “Mundo de Tinta”, “Reckless” y “El Jinete del Dragón”. Creadora de la Fundación “Rim of Heaven”, a través de la cual apoya muchos pequeños y grandes proyectos, y realiza un programa de Residencias Artísticas en su casa, “FRAGGINA”, en Volterra, Italia.



“No eran mentiras lo que contaba la niña de madera,
sino historias. Así le creció y le creció la nariz para que
pudieran descansar las aves”

Texto y bordado: Juliana Muñoz Toro

Un día cualquiera

Karina Echevarría

Ilustración

Juliana Muñoz Toro



Un día cualquiera

Karina Echevarría

Golpearon a la puerta y una buena mujer les abrió. Les preguntó qué querían; Pulgarcito le dijo que eran unos pobres niños que se habían extraviado en el bosque y pedían albergue por caridad. La mujer, viéndolos a todos tan lindos, se puso a llorar y les dijo:

—¡Ay! mis pobres niños, ¿dónde han venido a caer? ¿Saben ustedes que esta es la casa de un ogro que se come a los niños?

—¡Ay, señora! —respondió Pulgarcito que temblaba entero igual que sus hermanos—, ¿qué podemos hacer? Los lobos del bosque nos comerán con toda seguridad esta noche si usted no quiere cobijarnos en su casa. Siendo así, preferimos que sea el señor quien nos coma; quizás se compadecerá de nosotros, si usted se lo ruega.

CHARLES PERRAULT, “Pulgarcito”, 1697.

Soy la menor de siete hermanas. A veces eso puede ser terrible, como cuando solo queda un cordero en el horno. Pero otras veces es una ventaja: mis hermanas me protegen, me enseñan lo que saben y cuidan de mí cuando madre no está cerca o padre regresa enojado del bosque.

Ser hija de un ogro hace las cosas un poco más difíciles: no es sencillo tener amigos y no creo que nadie nunca se enamore de mí.

Madre es una buena mujer, y eso me hace medio ogresa y medio humana. De los ogros tengo la fealdad: ojos pequeños, grises y redondos, nariz ganchuda y boca grande con afilados dientes muy separados uno de otro. De los humanos heredé la debilidad, el gusto por las historias y el deseo. Seguramente sea el deseo lo que más me diferencia de mis hermanas: yo deseo, y deseo tantas cosas que nunca serán...

Deseo, por ejemplo, conocer a otras niñas y niños, ir a la escuela en el pueblo, jugar los juegos que ellos juegan y luego invitarlos a merendar en casa, sin morderlos y sin que padre los devore.

Deseo aprender a leer como leen los seres humanos, conocer las letras y las palabras, descifrar el código secreto de todos los libros para llegar a las incontables historias que se han escrito y se guardan en las bibliotecas. Historias como las que me cuenta madre del rey cisne, la niña de nieve o la pequeña sirena. Tal vez alguna de esas historias me cuente, me contenga, me permita conocerme.

Deseo viajar y conocer el mundo. Salir de este oscuro bosque y recorrer montañas, desiertos, ciudades y selvas. Deseo conocer el mar y ver los barcos que se alejan hacia el horizonte hasta desaparecer. Deseo conocer el cielo y seguir el vuelo de los pájaros con la vista hasta llenarme los ojos. Deseo conocer los lugares de este mundo y de otros mundos de nunca jamás, de fantasía y de las maravillas.

Deseo enamorarme. Todas las noches sueño con un ser que me mire. Puede ser grande como un ogro o más pequeñito que un hombre. Sueño que padre le permite quedarse una noche en casa y que con él huyo de aquí a esos lugares que he conocido en sueños. Juntos recorreremos el mundo y nos vamos a vivir a un palacio enorme rodeado de jardines. Sueño que me mira y cuando yo me veo en sus ojos soy hermosa, interesante y, sobre todo, soy feliz.

Mis hermanas se ríen de mis sueños, pero a mí no me importa, porque solo son sueños y nadie me los

puede arrancar, y estarán siempre conmigo.

Por las noches, cada una de nosotras se pone su corona de oro, regalo de padre, y cuando tengo la corona puesta me siento una verdadera princesa y creo que hay un príncipe para mí en algún lugar.

Pero por aquí nunca pasa nadie. La cabaña está rodeada de un bosque en el que ni siquiera los más valientes se atreven a internarse. Los leñadores esparcen rumores falsos y ciertos sobre padre y su descendencia, leyendas que alejan incluso a los curiosos. Los días son todos iguales y nada hay en ellos que me permita diferenciar ayer de mañana.

Hasta que un día cualquiera, sin que yo lo haya soñado, golpean a la puerta.



**Las consecuencias de
meditar hambriento y con
un agujero en el zapato**

Silvia Zenteno

Ilustración

Carolina Suri



Las consecuencias de meditar hambriento y con un agujero en el zapato

Silvia Zenteno

—Ahora está soñando —dijo Tweedledee—, ¿y qué crees que sueña?

—¡A saber! —replicó Alicia—. Eso no podría adivinarlo nadie.

—¡Pero si te está soñando a ti! —exclamó Tweedledee, aplaudiendo con triunfo—. Y si dejara de soñar contigo, ¿dónde crees que terminarías?

—Pues donde estoy ahora, por supuesto —dijo Alicia.

—¡Ya quisieras! —replicó Tweedledee con desdén—. ¡No estarías en ninguna parte, sólo eres una cosa dentro de su sueño!

—Si ese Rey llegara a despertar —añadió Tweedledum—, te apagarías, ¡puf!, ¡como una vela!

—¡No es cierto! —exclamó Alicia indignada—.

Además, si yo fuera una especie de cosa dentro de su sueño, me encantaría saber ¿qué son ustedes?

—Igual a mí —dijo Tweedledum.

—Lo mismo digo —gritó Tweedledee.

LEWIS CARROLL, *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, 1871.

—¡Alguno de los dos piense algo!

Tweedledee y Tweedledum voltearon a verse.

—¡Lo que sea! Si no, no van a poder salir de aquí —dijo, casi advirtió, el Gato de Cheshire.

—Pues desde hace rrato con erre que yo ttraigo un hambrre caprrrichosa porr unas rricas ostrras rremojadas en vinagrrre —dijo, casi salivó, Tweedledum.

—De preferencia con bastante pimienta —dijo, casi interrumpió, el Gato.

—Por el contrario, diría que lo que se te antoja son unas ricas erres —dijo, casi contrarió, Tweedledee.

—Sí, porque es marrzo y marrzo tiene al menos una erre, igual que la Liebrre de Marrzo, y como todos los meses con erre, la rrecomendación es no comerr marrisco —rremarrcó Tweedledum.

—Por el contrario, la recomendación de no comer marisco es en los meses que no tienen erre. Aunque yo tendría cuidado de no invitar a la Liebre de Marzo

a comer, ya sabes, con eso de que es marzo —corrigió Tweedledee.

—Ya habrá tiempo después para semejantes sutilezas —gruñó el Gato—. El Perro Policía y el Pez Globo Boletero ya no están, eso significa que el Tren de Pensamientos en el que ustedes dos se formaron ha quedado arraigado.

—¿Arraigado como de echar raíz?

—Exactamente, no tardará en convertirse en un bosque y desaparecer.

—¿Qué clase de bosque?

—El tipo de bosque que hace que olvides tu nombre —dijo, casi amenazó, el Gato al tiempo que desaparecía.

—Eso suena problemático.

—Por el contrario, si olvidamos quiénes somos, nunca volveremos a tener problema alguno.

—Ni trenes, ni antojos de ostras —analizó Tweedledum.

—¡Ni agujeros en el zapato, ni zapatos ni barcos ni lacre, ni coles ni reyes! —secundó, casi celebró, Tweedledee.

—Todo eso me llena de ideas... —terció el primero—, sólo que no sé exactamente qué son.

—Esto no nos está llevando a ninguna parte —canturreó la sonriente Voz del Gato.

—Eso sí está muy raro, ¿crees que sea porque todo alrededor avanza con nosotros y entonces por más que corremos todo sigue igual? —dijo Tweedledum.

—Por el contrario, yo creo que más bien todos los caminos nos regresan al mismo lugar —contradijo Tweedledee.

—Entonces, sólo hay que ir en dirección opuesta —concluyó el Gato mientras reaparecía.

—¿Y cuál es la dirección opuesta de esta conversación?

—Eso ya va más allá de mi puesto como Gato de Cheshire. Sólo sé que, si a nadie se le ocurre algo, no habrá tren que los recoja.

—Esa es una cosa difícil de hacer, con tantas preocupaciones y distracciones. Yo, por ejemplo, he andado los últimos tres metros con un agujero en el zapato —dijo Tweedledee.

—¡Increíble! —dijo, casi gritó, su hermano.

—Lo sé. Soy todo un mártir.

—Quise decir, ¡imposible!

—Pues no. Sólo pasa que no tengo el número de algún Carpintero de confianza a la mano.

—Imagínate que se tratara de uno que deteste que la arena se le meta en los zapatos —se le ocurrió a Tweedledum—. Con un agujero en ellos, tendría que mandar a barrer la playa entera.

—Sí, con la ayuda de su amiga la Morsa —contribuyó Tweedledee.

—¿Y te imaginas si ese día, casualmente, hubiera un sol de medianoche?

—La Luna seguro se iba a enfadar.

—Tanto como cuando uno trraee un insaciable antojo de ostrras en vinagrre perro no las hay.

—No te olvides de la pimienta —exigió el Gato, no de Daresbury ni de York, sino de Cheshire.

—Puedes olvidarlo, aquí la única que va a comer ostras con pimienta, vinagre y una barra de pan con mantequilla para acompañar, es la Morsa —dijo, casi defendió, Tweedledee.

—¿Y qué hay de su amigo el Carpintero? —dijo, casi contradefendió, Tweedleedum.

—Ya se comerá todas las que pueda, pero aquellas de mayor tamaño van para ella.

—Ha llegado la hora —anunció el Gato, al ver un destello a lo lejos.

—¿De hablar de muchas cosas? ¿De zapatos y barcos y lacre, de coles y reyes, quizá?

—¿Por qué será que el mar está que hierve de caliente?

—¿Tú crees que los cerdos tengan alas?

—Ahí viene, ya dejen de pelear.

—¿Nosotros? Si nunca nos peleamos—respondieron, casi dándose de golpes, los hermanos Tweedle.

De la nada, una monstruosa sombra graznó como maraca.

—Eso fue raro.

—Como sea, yo me cambio de tren, hasta nunca —se despidió el Gato.

El Espejo que había vislumbrado a lo lejos vino y se fue. Aunque no sin que Tweedledum y Tweedledee pudieran ver a través de él otro mundo del revés, donde un tren cruzaba en dirección opuesta con una Morsa y un Carpintero como pasajeros, quienes, por un instante, les regresaron la mirada sin más.

—[...] Justo entonces bajó volando un monstruoso cuervo, y asustó tanto a ambos héroes, que se olvidaron de su pelea —contaba la Morsa descansando en la roca frente a la fila de ostras.

—Creo que están bastante sordas, o tal vez sea yo el que está sordo, porque no las escucho aplaudir —consideró el Carpintero sentado a su lado—. O quizá la historia no les gustó.

—Será que no alcanzaron a escuchar el final, ya ves que nos hemos comido hasta la última. No sé ni por qué, si sólo las habíamos traído a pasear y conversar a gusto. Es una pena, después de haberlas llevado tan lejos, una milla o algo así, y con tanta prisa.

—Es tu culpa por sugerir que nos pusiéramos a meditar, sabes que nunca nos sale bien.



La felicidad del soldado

Laura Basso

Ilustración

Juliana Muñoz Toro

Al otro lado del lago se asomaba un elegante castillo iluminado, desde cuyo interior venía una música alegre de trompas y trompetas. Entraron en él y cada príncipe bailó con su preferida. Y también el soldado participó de la fiesta y bailó, invisible. (...) Duró la danza hasta las tres de la madrugada, hora en que todos los zapatos estaban agujereados, y se dio por terminada la fiesta.

HERMANOS GRIMM, “Las doce princesas bailarinas”, 1837.



La felicidad del soldado

Laura Basso

El lago le devolvió el reflejo de un hombre mayor. Algunas arrugas en el entrecejo, y otras enmarcando la boca, confirmaban su desánimo.

La ternura de la infancia no lo había visto crecer. Sí, en cambio, los campos de batalla, las noches frías, el hambre, la soledad, las tierras perdidas, la ira furiosa de las guerras.

De niño había sido paje del príncipe heredero; más tarde, un infanzón valiente que supo empuñar la espada antes que correr tras los pájaros azules o trepar a los árboles de cobre. A fuerza de méritos bélicos y obediencia regia, se convirtió en alférez y fue el mejor soldado conocido por siempre en los Reinos del Norte.

Volvió a mirarse y pudo traspasar el espejo primero. El cristal fino del agua le permitió apreciar los cantos rodados, algunos más grises, otros de plata. Entre ellos nadaban peces breves, rojos, anaranjados, áureos. En su recorrido esquivaban algún junco, ondeaban las hilachas de los nenúfares, se sumergían hasta desaparecer de la vista del viejo soldado.

Sintió la tentación de sumergir la mano para acariciarlos. Tantas veces había admirado ese espacio liviano y transparente, esas vidas danzarinas y libres. Hubiese querido ser pez: un hipocampo, para cabalgar ligero; o quizás cisne, para nadar y disfrutar –también– del vuelo. Definitivamente había otra y mejor existencia dentro y a orillas del lago.

Mojó apenas la yema de los dedos, pero los retiró con urgencia, no quería molestar esos andares flameantes.

Una mano sobre el hombro interrumpió su fascinación.

—Su majestad requiere de vuestra presencia. Es imperioso.

—Dile que me he retirado.

Ni siquiera volteó la cabeza para responder al mensajero. El Rey no aceptaría una negativa a sus demandas, el viejo soldado lo sabía. Se levantó despacio y desgano. Caminó al encuentro del rocín compañero. La tierra y la edad se le hacían pesadas, pero ensilló, obediente. Probablemente otra guerra lo esperaba, y con ella, el tedio o la muerte.

El recorrido por el bosque, sin embargo, se le hizo grato, quizás por la inmersión en la oscuridad fresca al abrigo de los árboles cobrizos, o el sonido del trote sobre las hojas crujientes. El aullido de la loba azul le parecía tan musical como inquietante. A medida que

la luna se atrevía a mostrarse entre el follaje, los druidas –guardianes cercanos a los robles– se deslizaban, casi a la par del caballero. Él lo sabía, y los dejaba hacer. No les temía. Su abuela, la legendaria Yolanda Peverell, le había contado una vez sobre estos magos protectores que, cada mil años, con la fugaz aparición del dragón blanco, cumplían un deseo.

Entonces lo pensó. O lo quiso. Torció el rumbo y se dirigió a la casa de su anciana abuela. Yolanda lo esperaba. Ya no era ella, pero su silueta iluminaba la mesa del salón principal. Sobre la carpeta de crochet había un paquete envuelto en papel madera y una tarjeta con la inscripción: “Aquí está mi regalo querido nieto. Lamento no habértelo dado antes. De todas maneras, aún puedes usarla y ser feliz”.

El viejo soldado abrió cautelosamente el obsequio. La capa mágica apareció en sus ojos y el ánimo en su corazón. Se la probó despacio, acariciando el terciopelo bordó y las guardas brillantes, fue hacia el espejo que aún se iluminaba con el espíritu de Yolanda. No se vio, no se encontró. Palpaba su cuerpo, oía su voz, pero él no estaba allí. La capa de la invisibilidad era real y, ahora, suya.

Salió al bosque nuevamente, su caballo no lo pudo ver, los druidas tampoco. Se sintió liviano, etéreo, incorpóreo. Respiró paz, hasta alegría. Fue inmensamente feliz.

Tuvo tiempo para disfrutar de la oscuridad y se escabulló detrás de los árboles jugando con el Dragón Blanco que lo olisqueaba, sin encontrarlo. Recién en la madrugada decidió recuperar su cuerpo visible y se quitó la capa. Aún debía dirigirse al palacio. Jamás hubiera imaginado la causa por la cual al Rey le urgía su presencia: necesitaba saber qué hacían, por las noches, sus doce hijas.



Otra historia de eternidad

Dana Elizondo

Ilustración

Camilo Revelo



Otra historia de eternidad

Dana Elizondo

Bastián los miró marcharse cuando cruzaron la puerta, de regreso a Fantasia. Los dos se volvieron una vez más y lo saludaron. Luego, la cabeza de la serpiente negra bajó hasta reposar de nuevo en el suelo. Bastián no pudo ver ya a Atreyu y a Fújur.

MICHAEL ENDE, *La historia interminable*, 1979.

Bastián cumplía el destino de regresar a su mundo. Atreyu y Fújur se atrevieron a mirar, por última vez, aquella fuente en donde bailoteaban las Aguas de la Vida, pero sólo vieron la cabeza de la serpiente blanca que descendía hasta tocar el suelo.

“Y no te olvides tampoco de Fantasia”. Aquella promesa, ahora caía con peso en el interior de ambos. Algo se había desdibujado. Parecían siglos, próximos en realidad. Fújur reflexionó sobre el tejido del tiempo y pensó en voz alta:

–¿Qué pasará si nadie regresa a Fantasia? ¿Si jamás alguien puede volver a nombrar a la Emperatriz?

–No hay historias sin un Alguien para escucharlas e imaginarlas, Fújur –dijo Atreyu–. Bastián estará bien, sabíamos que este momento llegaría. Ahora es nuestro turno de concluir lo que nos encomendó.

El dragón asintió, cada vez más despacio, hasta quedarse inmóvil. Era como una escultura de marfil con los ojos fijos en el horizonte. La naciente luz del atardecer se dibujaba entre las colinas de Fantasia.

Atreyu miró en la misma dirección y pensó en todo lo que habían vivido.

—¿Crees que Bastián regrese alguna vez? —preguntó el guerrero.

Fújur bajó la cabeza.

—Aunque un libro se cierre, ninguna historia termina, Atreyu —dijo el dragón—. Como Bastián, confío en que otro viajero nos encontrará, recorrerá estas tierras. Comenzará aventuras y concluirá otras, pero serán su vida y sus palabras las que harán eterna a Fantasia. Deseo el regreso de Bastián, pero él no pertenece a este lugar. Su camino es el de crear historias en algún lugar de su mundo.

Su voz se quebró. Lágrimas como perlas escarlatas brotaron de sus ojos. Atreyu se sorprendió al ver a su amigo llorar. Lo abrazó con fuerza, conmovido, y miró el paisaje frente a ellos. La pesada manta de oscuridad había cedido paso a la luz. La claridad se imponía sobre las nubes, las torres, las montañas, y llenaba cada uno de los rincones.

El dragón de la suerte, con aquella nueva luz dentro de sí, se alejó de Atreyu y se elevó en el aire. Surcó el cielo y dio la vuelta, y Atreyu alcanzó a ver su silueta delineada contra la esfera naranja del horizonte. El dragón descendió con rapidez y llegó al guerrero.

—¿Estás listo? —dijo el dragón con su voz de címbalo

de bronce. Una voz que marcaba por primera vez el inicio de lo que hacía un instante... parecía el final.

Atreyu asintió esperanzado y subió al lomo níveo de Fújur. El dragón se levantó en el aire y un sol madreperla se reflejó en cada una de sus escamas.

Emprendieron el vuelo hacia la interminable Fantasia, y así, hacia su destino. Conocieron a todo tipo de seres y fueron cómplices de múltiples historias. Sortearon peligros, amenazas y dificultades, juntos.

Cuando llegaban a desiertos de colores o ciudades de plata, siempre en las noches, Atreyu contaba historias a todo el que estuviera dispuesto a escuchar.

Fújur entonaba canciones frente a centauros, gnomos, hechiceras, Pielles Verdes y otros magníficos personajes que lo observaban como si en sus ojos color rubí estuvieran las respuestas a todas sus preguntas.

Atreyu les hablaba de príncipes alados, de gatos sonrientes. De vez en cuando, aparecía entre sus historias un niño curioso, atrapado en un mundo mágico que no era el suyo.

Habían entendido que Fantasia es interminable porque las historias lo son. Fantasia crece dentro de la Emperatriz. Habita en todas las criaturas. Fantasia se alimenta de ellas y de sus travesías.

No olvidaron a Bastián, jamás lo hicieron. Él se convirtió en un eterno recuerdo en Fantasia, se

cantaron canciones y se contaron historias sobre él a muchas generaciones. Vivió su recuerdo en la Emperatriz. Las miradas de Fújur y Atreyu nunca dejaron de iluminarse con la esperanza de un reencuentro.

Caía la tarde cuando Fújur abandonó sus reflexiones y se volvió hacia Atreyu.

Ya no era el mismo de antes.

Fújur sintió que sus vidas habían pasado, raudas como una estrella viajera, frente a sus ojos. La piel color aceituna de Atreyu, ahora estaba arrugada y pálida. Era más alto y su cabello negro azulado se había tornado blanco como las escamas del dragón. Caminaba con dificultad y tosía, pero sus ojos aún miraban como cuando habían visto a Fújur por primera vez, y el dragón había sentido su interior iluminado.

Transcurrieron años, sin darse cuenta.

El anciano miró a Fújur y sonrió.

–Me observas como si no me conocieras –le dijo, y soltó una risa que el dragón reconocía. Permanecía intacta, inocente y despreocupada, como si hubiera sido conservada en una esfera de cristal, protegida contra las adversidades del tiempo.

–Es hora, ¿no? –continuó Atreyu–. Los años pasan, el cuerpo se agota y uno envejece... Debo confesar que te ves mejor que yo –lanzó otra carcajada.

Su amigo no pudo responderle.

Atreyu se imaginó cabalgando con Ártax en otra tierra distante, pero más cercana que nunca. Fújur recordó el momento cuando el guerrero, apenas un muchacho, salvó su vida, y supo que la piel color aceituna se desvanecería, pero nunca, su recuerdo e historia.

–Me has traído mucho más que suerte, querido amigo.

Atreyu se recostó y exhaló, con estas palabras, su último aliento.

Fújur escucha un delicado sonido.

En alguna parte, un huevo cristalino y esférico ha brotado de un árbol de bronce. El dragón de la suerte lo conoce muy bien. Visita el Valle Nocturno, observa el árbol que fue testigo de su primer tintineo y sonríe. Una pequeña esfera, del tamaño de una semilla, se mece con el viento. Comprende que su trabajo aquí ha terminado.

Surca el aire como un silbido y los tréboles del árbol de bronce se balancean con su vuelo. Se eleva hasta rozar el cielo nocturno y se recuesta en un cráter lunar, allí canta su última canción. Siente, antes de apagar su mirada rubí para siempre, la agitación del gozo eterno en su corazón.

La esfera crecería con la admiración de quienes pudieran observarla.

Cuando aquel fruto semeja ya una estrella en el cielo nocturno, la Emperatriz sabe que el momento ha llegado. Sopla. Y el huevo se desprende.

Sale de él un dragón de la suerte, y con su nacimiento, los habitantes del Valle Nocturno vivirán otra aventura. La contarán los viejos, se maravillarán los jóvenes, pasará de voz en voz. Aquel ser acompañará a guerreros, salvará vidas y derrotará bestias, pero esa es otra historia y debe ser contada en otra ocasión...



Teresa, no te olvido

Brenda González

Ilustraciones

Raquel Mora

*A su paso, el viento hace remolinos, se alzan los
caballos, el polvo se quiebra. Los hombres no
entienden, no saben de quien defenderse, por dónde
seguir. Basta que ella los roce. Y luego, nada más.*

...

*De pronto, una agitación entre la hierba. La niña
gira, teme. Lo sabe... tarde. Los lobos anuncian su
presencia apenas una respiración antes de lanzarse
sobre sus presas.*

...

Vuela el hada convertida en carpintero imperial.

ADOLFO CÓRDOVA, “La hermosa niña de pelo
turquesa”, 2016.



Teresa, no te olvido

Brenda González

Lo posible es el interrogante de los que alguna vez nos hemos sentido olvidados. En la travesía de la infancia, el peligro abunda. Por doquier aparecen lobos; rondan por las noches, se apilan en las esquinas. El robachicos hace malabares con su rostro. El miedo es más feroz que los ogros. No hay que fiarse de los corderos.

Por fortuna existe la Hermosa Niña de Pelo Turquesa. Observa. Cuida a los niños. Hada poderosa del bosque. ¿Cuántos bosques quedan? Hombres, mujeres, ejércitos que ella ha convertido en árboles. Majestuosos enebros, álamos, alerces; altos guerreros.

Quisiera ser loba, una con pelaje que fácilmente se pueda confundir en la nieve y brillar tanto como la luna. Mientras dejo de ser niña quisiera caminar segura. Buscaré calles que protejan mis pasos, con ojos vigilantes entre sus ladrillos, miradas de águila que me escolten hasta mi hogar ilesa.

Crecí en la comunidad de San Miguel, sierra gigante. Incalculables árboles fueron los aliados perfectos para los secuaces. Entonces ellos se instalaron a sembrar.

Flores de un tono rojo escarlata invadieron los campos. Llenaron de sangre mi pueblo. Dejamos de caminar libres por los senderos. Las casas de madera se quedaron sin sus habitantes, el humo de sus estufas de leña se fue extinguiendo.

La guerra había comenzado. Deshilachando familias. Quitando tierras.

Tenía pocos años cuando nos aventaron a la capital. Los baldíos se recortan. Ya no hay brechas. En la ciudad se amontonan las casas, una tras otra. Ahora toca tirar hacia el cielo, escalar para ahorrar espacio. Entonces los bosques quedan lejos, no hay hada guardiana que vea todo alrededor, que convierta en árbol al que está a punto de acechar.

Entonces, recuerdo ese cuento. El libro está arrinconado en el salón de la escuela. En la portada, un dragón blanco me atrae. Leo, me adentro en la historia. Hay un hada que ayuda a Pinocho, igual que a otros antes, perdidos y con menos suerte. Quisiera verla al menos una vez en el esplendor de su pelo turquesa, mirando por la ventana, con voz viva que no empañe su duelo. Así debe ser el suplicio de los padres y madres que esperan. Los hijos desaparecidos en fotografías, prueba fiable de su existencia. Han de temer el día en que se conviertan en leyenda, en que oculten las fosas, cierren expedientes y el olvido sea conveniente para los intereses de unos cuantos.

No olvidan. Como si fuera sencillo. No es lo mismo caminar en el asfalto que entre pinaza. Cuando recordamos a Francisco, la herida revive. Él es mi tío, fue mi tío. No sabemos si la muerte se lo ha llevado, no hubo cuerpo que velar. Era un halcón, él al igual que el hada, observaba. Era un animal rápido que llevaba información. En su juventud desapareció. Tal vez para alguna muchacha, él era su Lorenzino, el muchacho del que se enamora el hada. ¿Tendrá un amor que lllore por él?

Mi madre lo hace, sus lágrimas se funden con la cera. En las noches grises, prende una veladora frente a su fotografía. Tal vez espera que vuelva.

Mis padres me acompañan en los laberintos de la ciudad. Son guardianes. El miedo es colectivo, se habla de ellos en voz queda. Casi como un susurro que teme convertirse en grito.

No me dejan sola. El terror se palpa, se huele. Nos han negado el derecho de caminar libres sin la sombra de los agresores.

Estamos alertas. En eterna guardia.

Hay nombres, una lista interminable de los que no llegaron. Es como si a un enemigo silencioso le bastara con rozarlos para desaparecerlos. En todo el país se escuchan las voces de los perdidos resonando.

Cielo imaginario que no cabe en la razón. Las noticias llegan siempre con su mala cara; con la peor que pueden revelar. La hermana de mi amiga no ha vuelto. Gritan su nombre: ¡Teresa! ¡Teresa! Nadie responde. No entiendo.

Soy una niña asustada. Quisiera volver a la cabaña de pino en la sierra gigante, donde antes jugaba con otros niños, libre. No era un sueño, vivíamos en un bosque donde unos meses reina el verde y, otros, el blanco hiel. Las armas entraron con un grupo. Rompieron la paz en pedazos. Los volvieron campesinos de la destrucción.

En la ciudad es parecido. Gritan: ¡Teresa! No hay respuesta. Hablo al hada, la Hermosa Niña de Pelo Turquesa, le susurro para que aparezca. En el cuento, ella concede deseos, y yo le pido el mío.

¿Se habrá convertido en flor? ¿Será parte de la lista y el llanto interminable de una familia? Todos en el barrio hablan de ella, sin ella. De camino a la frutería, de la mano de mi madre, sus fotos en cada pared imploran encontrarla. Piden ayuda, la suplican.

Pasaron años, las fotos rasgadas se fueron desprendiendo de las paredes. El tiempo borró las imágenes de Teresa. El muro se llenó de otros nombres.

Teresa no volvió. Nosotros sí regresamos a nuestra comunidad, San Miguel. Pasar inadvertidos es lo mejor. Queremos olvidar las historias terribles, pero

no es posible. Mi tío Francisco, Teresa; por más que quiero borrarle sus rostros, no puedo. Tenía doce años cuando crecí de golpe al enterarme de su desaparición. A veces los aullidos de ¡Teresa! me despiertan.

Voy a ser loba. Una increíble loba de pelaje color turquesa. Para ser guardiana del bosque, para olfatear hasta hallarla. Atacaré a quien intente dañar.

Mis pasos son veloces, he aprendido a correr sin hacer crujir la hojarasca. Volví a mi pueblo. ¿Que sí creo en el hada? Platico con ella, me escucha y aconseja. La Hermosa Niña de Pelo Turquesa habita mis sueños. Audaz guardiana ¡cuídanos!

Sé que sigue observando. Vigila sigilosa. Ella vuela alto.



Hermanas en el Bosque
Poemas e Ilustración

Mariana Piñeros



Hermanas en el bosque

Mariana Piñeros



¿Dónde están?,
¿en qué tarea?

¿En qué lugar de su indiferencia descansan?

Mi cuarto
lleno de ropa y papeles y pijamas
no los conoce.

El sendero que me armé entre el baño
y la esquina de mi cama
no los conoce a ellos

ni a nadie.

Solo mi hermana me ve
fijamente
a mis ojos hinchados
desde el umbral de su puerta

intolerable
cerrada sobre sí misma,
fría, como su silencio,
mientras recorro mi camino purgatorio.

Nadie.

Una mañana, todavía sin luz, oye un quejido. Vuela rápido a su encuentro y descubre a una niña pelirroja tirada en una alfombra de hojas enmohecidas. Tiene unos seis años.

La llevaron más allá del corazón del bosque y ahí la dejaron. Caminaron mucho sus padres. Tal vez ella les pidió que volvieran y ellos le dijeron “solo un poco más”, y al llegar la noche y el sueño la habrán visto quedarse dormida. Quizás hasta le habrán dado un beso de despedida antes de abandonarla.

ADOLFO CÓRDOVA, “La hermosa niña de pelo turquesa”, 2016.

Esta casa es pura arboleda
y soledad
y muerte.

¿Dónde están ellos?

¿Alguien podría sacarme de este infierno?,
¿convertirme en ave?



Mi hermana
se despertó de un sueño
que parecía agitado.

Me dijo:
Soñé que eras un hada
que me cuidaba en las noches.

Yo
me quedé viéndola
y murmuré:
familia.

Como me parecieron notas musicales
las canté:
fa mi la

Yo también
sueño que soy un hada
que la cuida.

Pero la noche
y el pasillo
nos separan.

Hay un camino
insondable
hacia mi corazón.



Relinchos galopes marchas
polvo que se arremolina

Estampidas.

Corren los lobos, jadeantes.
Vuelan los pájaros de todos los árboles.
Vienen en mi dirección.

Siempre el mismo sueño.

Mis ojos lloran lágrimas
como ríos.

Mi hermana me mira
desde el umbral de su habitación,
inmóvil,
como si supiera de estas imágenes.

Son su culpa.

¡Es su culpa!

Su mudez endureció a mis padres.

Y ahora solo me quedan
estas imágenes repetitivas,
su ronda nocturna,
verla detenida en el marco de la puerta

balbuceando o tarareando
algo hacia adentro

ridícula, extraña,
con su pelo azul trenzado
por su quietud
y su despojo de sí misma.

Me mira
como si estuviera buscando algo

y yo le grito:
¡Algún día volaré con mis alas de pájaro
a la inmensidad:
a lo desconocido!

Ahora ella también llora.

Sin gestos.

Sin pudor.



Crecí para protegerla.

Abismos
ríos:
no cayó en ninguno.

No calló

¡No cayó!

ella

¡No!

Ni en esta casa
llena de trampas.

¡Ella no!

Sus padres: cazadores

No ven el bosque,
su vida de pájaro

Cuando llegue el día

la veré volar.

Un recuerdo lejano

Katia Álvarez

Ilustración

Kamilo Revelo



Un recuerdo lejano

Katia Álvarez

A su paso, el viento hace remolinos, se alzan los caballos, el polvo se quiebra. Los hombres no entienden, no saben de quien defenderse, por dónde seguir. Basta que ella los roce. Y luego, nada más.

Oyen un último crujido antes de que una capa de corteza se extienda sobre sus orejas.

Árboles.

El hada, la Hermosa Niña de Pelo Turquesa, sonríe. Armaduras y yelmos son por fin carcasas dignas. Serán refugio, nido, leña, alimento. Los hombres vivirán más de lo que dura una guerra.

ADOLFO CÓRDOVA, “La hermosa niña de pelo turquesa”, 2016.

Cuando despertaron, el eco de sus gritos ya había sido barrido por el viento. Trataron de mover los dedos, las muñecas; blandir las espadas en las que tanto confiaban, pero no encontraron ni espadas ni manos.

Estaban entumecidos y confundidos, desbordados por una sensación desconocida, paralizante. Cientos de dedos callosos salían de sus cuerpos, dedos que se alargaban y extendían hacia arriba y al frente, y otros más que perforaban el suelo y se hundían, enredándose entre sí y entre las piedras. La tierra los sostenía mientras exploraban el cielo, sus raíces los sujetaban con firmeza mientras el viento sacudía sus copas y les susurraba historias.

Dos fuerzas luchaban dentro de ellos: el gozo y el terror. Enterrados por el derrumbe de su realidad, apenas percibían fragmentos de una vida que parecía haber sido suya. Eran recuerdos en la oscuridad, como aquellos al cerrar los ojos antes de dormir. Sin embargo, estos los inquietaban más que ningún otro: caras deformadas por los gritos de miedo y sorpresa al sentirse atacados por una extraña magia; cuerpos

precipitándose a un escape imposible, cubiertos por una armadura de metal que campaneaba en cada paso desesperado; caballos alejándose a galope constante, caballos que creían suyos y ahora corrían libres. Y a pesar de que estas imágenes los atormentaban, también les provocaban una particular añoranza. Aquel cuerpo con piernas y brazos ya no era suyo, y jamás volverían a escuchar esa voz. Su voz. Un torrente los atravesaba como el recuerdo de un pasado muy lejano, aunque hubiera terminado hacía solo un momento.

Pero la intuición de esa vida pasada se debilitaba a cada segundo. La calma los empezaba a abrazar y sentían una vastedad indescriptible en sus cortezas, una conexión más allá de ellos. En sus raíces, entrelazadas con las de los otros árboles, percibían el bosque entero. Y en ese preciso momento de serenidad, mientras el torrente se volvía un riachuelo insignificante, todos, sin excepción, le prestaron atención a una niña que podían sentir por las vibraciones de su risa, su pisada de loba, su ligereza de pájaro bailando entre ellos; por su canto y su cabello que revoloteaba con el viento y acariciaba sus ramas: un cabello que, si pudieran ver, notarían que era de un brillante color turquesa.



Pieza musical La marcha de los árboles

Santiago Arboleda



Propuesta de Banda Sonora para el cuento “La hermosa niña de pelo turquesa” de Adolfo Córdova.

Escúchala haciendo click acá o siguiendo el código QR.

**La hermosa niña
de pelo turquesa**

Adolfo Córdova

Ilustraciones

Raquel Mora

—En esta casa no hay nadie. Todos han muerto.
—¡Pues ábreme tú! —le suplicó Pinocho llorando.
—Yo también estoy muerta.
—¿Que estás muerta? Y entonces, ¿qué haces en la ventana?

—Estoy esperando a que venga un ataúd y me lleve.

Después de estas palabras, la Niña desapareció, y la ventana se cerró sin hacer ruido.

¡Oh!, Hermosa Niña de Pelo Turquesa —gritaba Pinocho—, ábreme, por caridad.

CARLO COLLODI, *Las aventuras de Pinocho*, 1882-1883.



La hermosa niña de pelo turquesa*

Adolfo Córdova

A su paso, los guerreros se convierten en árboles.

Suelo adentro, los dedos de los pies atraviesan los cueros del calzado y se estiran sedientos, como raíces, a las profundidades de la tierra.

Cielo arriba, los brazos se alargan y se unen al follaje de antiguos cabellos. Las pálidas pieles van tornándose morenas y duras. Un solo tronco son las piernas. Las costillas se ramifican hacia la luz. Y el corazón de resina empieza a bombear una sangre fría, transparente.

Los guerreros se miran con horror; hombres plantados, casi árboles por completo.

Antes de que el encantamiento los ensordezca para siempre, algunos escuchan los gritos de sus compañeros en la retaguardia. Es la niña que sigue avanzando.

** Este cuento es parte del libro **El dragón blanco y otros personajes olvidados** publicado por el Fondo de Cultura Económica y la Secretaría de Cultura del Estado de Campeche en 2016 con ilustraciones de Riki Blanco. Agradecemos al FCE que nos haya permitido incluirlo en este libro.*

A su paso, el viento hace remolinos, se alzan los caballos, el polvo se quiebra. Los hombres no entienden, no saben de quién defenderse, por dónde seguir. Basta que ella los roce. Y luego, nada más.

Oyen un último crujido antes de que una capa de corteza se extienda sobre sus orejas.

Árboles.

El hada, la Hermosa Niña de Pelo Turquesa, sonríe. Armaduras y yelmos son por fin carcasas dignas. Serán refugio, nido, leña, alimento. Los hombres vivirán más de lo que dura una guerra.

Atardece. Algunos caballos galopan libres entre las primeras sombras que dan las hojas tiernas. Varias espadas duermen entre la hojarasca. Lleva el viento centenares de gritos en ecos siniestros.

Más tarde, la noche truena.

Y una tormenta baña el bosque nuevo. Pero no siempre fue así.

La Hermosa Niña de Pelo Turquesa abre los ojos por primera vez. Está tendida sobre un pastizal. Escucha un llanto, se levanta y lo encuentra. No es la hierba que llora, es un recién nacido. Ya el rocío se

secó sobre su frente y su cuerpo luce amoratado. Ella lo arrulla, él deja de llorar. Busca a la madre, al padre, la casa. Nada. No hay nadie alrededor.

La niña es un hada, nació con el llanto del niño, y ha de cuidarlo siempre, para que no se asome a los abismos, para que no resbale al río, para que no coma bayas escarlata.

De pronto, una agitación entre la hierba. La niña gira, teme. Lo sabe... tarde. Los lobos anuncian su presencia apenas una respiración antes de lanzarse sobre sus presas. Devoran al niño y al hada, que muere, igual que el pequeño, justo después de haber nacido.

La maleza ondea con suavidad y en silencio.

Un hilo de viento levanta los restos de la niña-hada y la teje otra vez con la forma de una loba. Su pelaje es color turquesa y sus ojos, blancos. Antes de dar el primer paso, el hada-loba olfatea la sangre del niño, lame la tierra enrojecida y hace brotar un enebro. Luego rodea el retoño de árbol, lo arrulla con un aullido y se va.

Mientras el enebro crece y crece, ella se interna en el bosque, sin despertar a nadie.

Una luna albina brilla en el centro de la noche.

Durante mucho tiempo vaga el hada como loba. No tiene una manada. No duerme.

Busca en los huecos de los troncos, en cualquier manchón de hierba, cerca de hogueras extinguidas. Hasta que una noche, por fin, encuentra a otro niño. Es otro hijo abandonado, está muerto.

La loba lame la piel del pequeño y al instante lo hace echar raíces.

Tarde escucha al cazador. Una flecha la sorprende, atraviesa su pelaje azul turquesa.

Junto a la loba muerta, brota un alerce.

Un hilo de viento levanta a la loba, la desteje y la teje otra vez, de plumas negras y blancas, y la corona azul. Un pájaro.

Vuela el hada convertida en carpintero imperial.

Y cuando el cazador, arrepentido, busca al hijo que ha abandonado en el bosque, no halla su cuerpo entre la hierba ni el rastro de la loba que ha flechado.

En su lugar, mira alzarse un alerce del que ya brotan flores rosáceas. Y escucha el toc-toc del picoteo de un hermoso pájaro con la corona azul turquesa.

Durante mucho tiempo vuela el hada como carpintero imperial. No duerme. Talla con su pico rostros de niños sobre los troncos. Mira hacia abajo al volar.

Busca.

Una mañana, todavía sin luz, oye un quejido. Vuela rápido a su encuentro y encuentra a una niña pelirroja tirada en una alfombra de hojas enmohecidas. Tiene unos seis años.

La llevaron más allá del corazón del bosque y ahí la dejaron. Caminaron mucho sus padres. Tal vez ella les pidió que volvieran y ellos le dijeron “sólo un poco más”, y al llegar la noche y el sueño la habrán visto quedarse dormida. Quizás hasta le habrán dado un beso de despedida antes de abandonarla.

El hada-pájaro sabe que la niña no aguantará una noche más. Morirá, como los otros, perseguida por alguna bestia o por la neblina. Entonces, suplica a los espíritus del aire que la ayuden, que destejan y tejan con sus dedos de viento un encantamiento capaz de salvarla. A cambio, ella les promete buscar a los padres de la niña, vengarla.

Los espíritus aceptan. Le proponen que tome el lugar de la niña y que ella vuele con sus alas de pájaro.

La mañana empieza a clarear.

Las bestias observan desde sus agujeros, escondidas entre las zarzas, agazapadas tras alguna roca.

La neblina se desvanece.

Un carpintero imperial vuela de vuelta a su árbol. El plumaje de su corona es rojo.

Una niña avanza decidida. El viento le teje tres trenzas en su pelo color turquesa.

Durante varios días, la Hermosa Niña de Pelo Turquesa recorre el bosque. Cuando finalmente llega a la casa de los padres, ellos fingen alegría al verla.

“Tiene los cabellos azules”, piensa la madre. “Sobrevivió”, piensa el padre. Pero ninguno extiende los brazos para recibirla. La niña tampoco; corre hacia ellos, pasa entre los dos, los roza y sigue corriendo.

Detrás de ella, un último grito y los cuerpos tiesos. Dos álamos se alzan con violencia y rompen el techo de paja.

Árboles.

Contarán su vida en siglos y en ramas quebradas por los rayos.

La niña-hada cumple su promesa, pero se queda un tiempo en la aldea. Mira de lejos a los niños, los cuida de sus padres. Hasta que un día escucha un relincho, un galope, una marcha de guerra. Se apresura y descubre un ejército detenido en medio del campo.

Los soldados encienden sus antorchas, preparan la toma de la aldea. La niña-hada avanza. Un grito ordena ir al frente. Ella sigue avanzando. Ellos la ignoran, una huérfana más, tan pequeña, tan insignificante.

A su paso, el viento hace remolinos, se alzan los caballos, el polvo se quiebra. Los hombres no entienden. A ella le basta caminar entre los ejércitos para sembrar bosques en terrenos yermos.

Y es abundante su siembra.

Corre muchas veces. Va al encuentro de los bandos de un lado y del otro. A veces se ríe, ellos se horrorizan.

Árboles.

Luego de un tiempo los espíritus del aire, complacidos, recompensan a la niña y le tejen una casita blanca. Ahí vivirá muchos siglos, alejada de la gente, acompañada de animales que harán de la casa blanca madriguera, cueva, guarida.

Ningún hombre pudo nunca advertir a otro sobre esa poderosa hada de pelo turquesa. Los desaparecidos son leyenda. Sólo los niños que se pierden en los bosques del hada regresan a sus casas. Los que entran con arcos y flechas, con hachas o fusiles, no vuelven más. A veces ella es águila, loba, liebre, libélula, ha aprendido a transformarse, pero justo antes de tocarlos se convierte en niña otra vez. Basta un roce y su bosque se hace más denso. Luego descansa. Vive años a centenares en su casita blanca.

Hasta que, una noche, un rey sueña.



En medio de aquel bosque inmenso al que ya casi nadie entra, un rey sueña que busca a su padre, ese otro rey que nunca volvió de la guerra. Camina dando tumbos entre la espesura cuando descubre una casa blanca de la que sale una niña. El rey se esconde y observa a otro hombre que se acerca a la niña, está perdido, le pide ayuda. Ella toma su mano y el hombre empieza a crujir, a enramarse retorcidamente. Desde su escondite el rey empuña su escopeta. La niña voltea a verlo, tiene el pelo color turquesa. El rey despierta.

Todos aquellos ejércitos desaparecidos de los que hablan las leyendas... su propio padre... y los gritos siniestros que algunos juran oír en los lindes de ese bosque... Es ella. Esa hada los convierte en árboles.

Sediento como está por conquistar reinos vecinos, pero sin las huestes para lograrlo, el rey imagina una alianza delirante: la niña-hada al frente de sus ejércitos. Lo imagina tanto, y piensa todo el día cómo podría acercarse, ganar su favor, capturarla, que una noche sueña la respuesta.

En medio de aquel bosque inmenso al que ya casi nadie entra, el rey ve a un niño perdido. Esta vez, la niña le habla con dulzura, permanece a la distancia, le ofrece una canasta con miel y pan. El niño come, ella ordena a los pájaros que lo guíen de regreso a su casa. No hay conjuros. El rey despierta.

Manda llamar a su hijo menor, Lorenzino, un joven vivaracho e inquieto. No duda en pedirselo. Debe ir a buscar a la niña de cabellos color turquesa, decirle que está perdido, pedirle ayuda, ganar su confianza; volver varias veces, enamorarla, prometerle el reino, lo que sea. Ella es un hada poderosa y lo hará ganar cien guerras y mil más.

Una escolta lo espera en el borde del bosque. El príncipe Lorenzino camina largo rato hasta que encuentra la casita blanca. Su corazón se acelera. No le interesa la guerra de su padre ni el reino, quiere conocer al hada, y corre a la casa.

La Hermosa Niña de Pelo Turquesa duerme sobre su cama. Escucha que tocan con fuerza a su puerta, casi con desesperación. Baja la escalera, expectante, y abre.

Al verla, Lorenzino sonríe. Es apenas un par de años mayor que ella. Le maravilla el pelo color turquesa, la mirada de loba, la gracia de pájaro. Y ríe nervioso.

Es una risa pequeña la de ese muchacho que le extiende la mano para saludarla. No está segura si es un niño o un hombre. Se ríe como uno, pero tiene el arrojo del otro.

Y al hada le gusta.

Pero sabe que su naturaleza le impide tocarlo... Él insiste en saludarla, va a tomarle la mano, siente el impulso de acariciarle el pelo... El hada se echa hacia atrás y se transforma en un borrego manso. Deja que Lorenzino la acaricie.

Y sucede muchas veces, porque él regresa cada semana.

Se diría que ella creció de un atardecer a otro, y ahora es una muchacha.

Se ven a la distancia. Se acercan sin tocarse. Hasta que ella se vuelve una raposa o un azulejo y él acaricia su pelaje color turquesa o sus plumas azuladas.

El príncipe disfruta dormir sobre la pinaza del bosque, abrazado a ella. Pero el rey se impacienta, pregunta a Lorenzino por qué tarda tanto. Él le dice que le dé más tiempo.

“Ya no hay tiempo —responde el padre—. La guerra es inminente.” Y Lorenzino, él también, siente que ya no puede esperar.

Caminan. El hada quiere mostrarle al príncipe un águila blanca que ha llegado al bosque para anunciar las nieves. La busca. Busca entre las ramas. Entonces cree escuchar a lo lejos un galope, se distrae, voltea. Lorenzino la abraza y le da un beso.

No ha podido detenerlo, no ha tenido tiempo de transformarse en un mirlo, en un ciervo, en un cordero.

O no ha querido.

Y llora, la hermosa muchacha, con los labios sobre la corteza de un joven árbol.

Nieva en el bosque.

Un pino se yergue alto. Sus frondosos racimos de agujas protegen a un hada recostada en su tronco, que reza, que ruega a los espíritus del aire que la dejen ir.

Ya ha muerto muchas veces.

Quiere que la entierren al pie del pino que es Lorenzino, para que sus raíces se cierren alrededor de su cuerpo y él la abrace de nuevo y acaricie su pelo color turquesa.

Los espíritus silban una respuesta. Dicen “No. Todavía no”. Al hada le enfurece su inmortalidad.

Un día, poco después, escucha un relincho, un galope, cerca. Es el rey, el padre de Lorenzino que lidera una búsqueda y llega hasta la casita blanca.

El hada se transforma en pájaro carpintero y vuela

a refugiarse en una de las ramas de su pino. Desde allí ve cómo el rey y sus soldados intentan quemar su casa. El viento se los impide. Luego disparan a los animales que se encuentran en el interior, que viven con el hada. Derriban árboles, se van...

Y aquel rey muere en alguna de sus guerras.

El hada ya sólo sale de su casa para ir con Lorenzino, ese pino que a veces deja escapar el eco de una risa pequeña.

Descuida al bosque.

A su paso ya no hace remolinos el aire, nadie corre peligro. Los hombres comienzan a aventurarse otra vez en sus bosques, vuelven, olvidan las historias terribles.

Ella los deja tirar cuantos árboles quieran y muchos más, menos el suyo. Así que, un día, mientras el hada duerme, los espíritus del aire, coléricos, arrancan con sus dedos de viento al pino. Lo arrojan sobre cualquier aldea.

El hada no lo sabe pero de su madera habrán de sacar leña, fabricar sillas, mesas, juguetes, marionetas...

Cuando descubre lo que han hecho los espíritus, no se queja. Sabe que es justo, que había renunciado a su naturaleza de hada, que ya no tenía la entereza.

Y se encierra otra vez en su casa. Y desea dormir hasta la muerte.

Y así, durante mucho tiempo duerme la Hermosa Niña de Pelo Turquesa con los brazos cruzados sobre el pecho. Espera la piedad del viento. Ruega por un ataúd. Sueña con las profundidades de la tierra, su corazón empieza a bombear una sangre fría, transparente. Recuerda el llanto del primer niño, su cuerpo de loba, los rostros de niños tallados sobre los troncos... A ella le bastaba caminar entre los ejércitos para sembrar bosques en terrenos yermos.

Sueña y sueña, siglos atrás, aquella vez que despertó entre la maleza. Y despierta.

Escucha una voz que la levanta de golpe. Alguien toca a la puerta de su casa, con fuerza, casi con desesperación.

¡Lorenzino! Parece la voz de Lorenzino.

“¿Quién es?”, el hada susurra apenas. Se asoma por la ventana. No es él. Es una marioneta de pino. Una marioneta vivaracha y traviesa, que le pide ayuda, como un niño perdido, como un hijo sin padres.

Como si la conociera.



La pastelera trágica

Natalia Charry

Ilustración

Raquel Mora



La pastelera trágica

Natalia Charry

“Si no me sale esta vez, la próxima me horneo yo misma”, pensó la Pastelera y deseó profundamente que no le saliera, porque no había nada como pasar la noche en el horno de leña (sobre todo en invierno), amanecer bien calentita y empezar su día recién horneada.

ADOLFO CÓRDOVA, “El gato en el tren de pensamientos”, 2016.

En los senderos iluminados por la luna, envuelta en una manta negra y cargando a una bebé, corría la pastelera mágica. Detrás de ella, las murmuraciones del pueblo aún la perseguían acompañadas del llanto agudo y desconsolador de la pequeña.

Al adentrarse en la espesura del bosque, las voces se disiparon entre los árboles, la tierra húmeda y la fría noche, que no daban amparo. Buscó a sus acechadores alrededor; solo encontró un árbol grande y viejo. Las raíces protuberantes se abrazaban entre sí formando una cuna, sus hojas caídas hacían un manto sobre el suelo. Se refugió en una de sus raíces mientras consolaba a la niña y descubría su rostro: su piel pálida estaba enrojecida; de las encías apenas se asomaban las puntas de los dientes; tenía ojos enormes, grises tornasolados, pero lo que más la inquietaba eran unos cuantos mechones turquesa que le salían de la coronilla.

—¿Serán visiones por la tarta de zarzamoras que me comí? —preguntó mirando hacia la luna.

La pastelera se acurrucó con la pequeña en la raíz del árbol, el zumbido de los insectos terminó por arrullarla y se durmieron muy calentitas, la una junto a la otra.

Con el tiempo, los mechones se convirtieron en largos rizos turquesas que brillaban bajo la luz de la luna, la niña parecía una enorme luciérnaga corriendo entre los árboles mientras jugaba con las criaturas del bosque.

La pastelera había dejado atrás todo recuerdo. Levantó los cimientos de su nuevo hogar junto al árbol que se inclinaba hacia la tierra como si quisiera proteger la casa; los muros estaban hechos de troncos caídos, el techo era un tejido de ramas y retoños del cual crecieron flores y hojas rosáceas. La casa funcionaba a su vez como una rústica pastelería. Descubrió en el bosque un sinfín de ingredientes que al mezclarlos con otros le concedían dotes mágicos a sus recetas: desde galletas transformadoras, hasta bizcochos que hinchaban a las personas como globos.

A pesar de sus esfuerzos, muy poca gente de la aldea se atrevía a visitarla. Era ella como una leyenda, podía escuchar las voces y las historias de los aldeanos ir y venir con las ventiscas.

—¡Esa es una bruja! —decían unos.

—Ni se imaginan. Cómo le parece que convirtió al esposo en oruga, para luego huir con la muchachita esa quién sabe de quién; ni por qué huiría, pero por ahí dicen que esa niña la trajo el mismísimo diablo.

Los habitantes, temerosos de correr destinos fatídicos, habían optado por dejar que el bosque se

tragara cualquier pensamiento sobre la nueva pastelera y su hija.

La niña creció sola, con el tiempo aprendió a vivir acompañada de ese bosque extraño lleno de criaturas. Se hizo amiga de conejos apresurados, gatos sonrientes, flores parlanchinas y árboles con rostros humanos.

Cuando la pequeña de rizos turquesa estaba a punto de cumplir 8 años, la pastelera se propuso preparar el mejor pastel de todos. Deseaba para ella buena fortuna y prosperidad; además, para convidar a todos sus amigos fantásticos como un gesto de agradecimiento por acompañarla todos esos años de soledad.

—¡Oh, queridísimo bosque! Tú que todo sabes y todo conoces, ilumíname para hacer la mejor tarta de cumpleaños —dijo, ondeando sus brazos en el aire.

Escuchó risas juguetonas entremezcladas con el crujido de las hojas, los cuchicheos de las flores corriendo por el prado como si quisieran pasare la noticia. La cocina se iluminó con un halo de luna y la pastelera pudo por fin sentar cabeza.

—¡Claro que sí! —asintió, recordando el libro heredado de su madre que había dejado en su anterior hogar.

Esa misma noche, se dirigió silente a las ruinas del hogar que había abandonado. Caminó y corrió media noche hasta que dio con el sitio... o lo que quedaba de él. Rebuscó en los restos de la biblioteca, acariciando los libros con sus dedos huesudos hasta hallar: Cocina

mágica: un encanto al paladar; ahí mismo, con veras de no perder tiempo, revisó las páginas detalladamente. Necesitaba encontrar una exquisita receta que con solo nombrarla deleitara. Al inicio, los nombres le parecieron extraños: “Estoy-viendo-doble-o-estoy-muy-ebrio”

—No, creo que no —torció las cejas.

“Bienmesabelapata”

—Esta podría servir para otra ocasión —se dijo, apretando las cejas.

“Elixir de corazón invidente”, dio un suspiro y, después de una exhaustiva búsqueda encontró al fin: “Nomáscumpleaños”.

—¡Oh, claro que sí! Esto suena como una excelente idea, ¡eterna juventud! —dijo riendo dulcemente y emprendió el regreso a su casa en la otra mitad de la noche.

Una vez allí, leyó a detalle:

Ingredientes:

*6 pétalos de flores del prado *adularlas hasta que cambien su color a azul y verde (no tan azules, no tan verdes).*

1 pensamiento del Tren de Pensamientos.

3 plumas de un mono alado.

3 plumas de ganso.

1 bigote de Dragón blanco.

Procedimiento:

Mezclar todos los ingredientes en luna llena y agregar agua de charco y... ¡todo lo necesario para un pastel!

Hornearse al gusto.

Recomendación:

No darle esta receta a un ser querido.

Para su suerte, la luna estaba redondísima, la mayoría de ingredientes los tenía en casa, excepto el bigote del dragón blanco; tenía el bigote de un dragón verde, pensó que ese pequeño cambio no variaría los resultados.

—¿Blanco, azul, verde? ¡Qué más da! Siempre cambio los ingredientes y me quedan exquisitos los pasteles —se dijo.

Empezó a tararear y danzar con los cucharones y las tazas de la cocina, agitaba los brazos, rompía huevos, hacía grandes nubes de harina y cada vez que echaba un ingrediente especial a la caldera, recitaba unas cuantas palabras inspiradas en la luna. Por momentos, veía a su pequeña por la ventana, jugaba con los árboles, tenía hojas enredadas en su cabello turquesa y su vestido volaba si aparecía un venado saltando en el prado o una liebre corriendo con un reloj de bolsillo o un carpintero tamborileando hermosas baladas a las flores. Ella intentaba alcanzarlos, los espantaba con sus inocentes garras y gruñidos, se tiraba al suelo, rompía

en carcajadas y daba vueltas por la tierra. La pastelera reía al verla y continuaba en su preparación. Hasta que oscureció.

—¡LLEGÓ LA HORA! —la mujer salió con un enorme pastel de color purpura iridiscente. Los invitados, atendiendo al llamado, rodearon la mesa: la niña, los gatos sonrientes, las liebres, los pensamientos sin forma, las hadas, las flores y los árboles, el bosque entero se hizo presente.

Cantaron una melodía nocturna, suave y alegre, la niña sopló las velas dejando a los invitados sumidos en la oscuridad del bosque nocturno. La pastelera cortó una rebanada, la primera, y se la dio a su hija, quién enseguida torneó los ojos y aulló a la luna por el delicioso sabor. Al dar el último bocado, por fin, el silencio nocturno imperó y dejó a la niña como estatua, la mirada en sus ojos se apagó lentamente hasta caer al suelo.

—¿Hi... hija, sucede algo? —preguntó la pastelera mientras se abalanzaba hasta el suelo tratando de agarrar a la niña.

La pequeña cayó sobre la tierra, el viento empezó a destejerla, ante el asombro de todos los invitados, hasta convertirla en una única hebra turquesa que se elevaba hacia la luna. La pastelera saltó tratando de capturar los rastros de su hija, pero terminó por abrazarse a sí misma. De inmediato, corrió angustiada hasta el libro

de cocina sin explicarse qué había sucedido. Releía una y otra vez la misma hoja, agarró una lupa y la pasó de nuevo sobre la hoja dando con esa parte escrita muy diminuta en la parte de

Recomendación:

No darle esta receta a un ser querido.

La pastelera cerró rápidamente el libro para darse cuenta que, en el afán de no ser vista esa noche, había leído mal y traído el título equivocado: Cocina maldita: un espanto al paladar, en vez del libro heredado por su madre: Cocina mágica: un encanto al paladar.

A partir de ese día no hacía más que llorar. Derramaba tantas lágrimas que todas las preparaciones quedaban saladas y con resultados trágicos, los rumores corrían nuevamente por el viento, hablaban de una vieja desconsolada que experimentaba nuevas combinaciones para enmendar su desgracia. Todos empezaron a conocerla como la pastelera trágica del bosque porque si salía mal alguna de las recetas se castigaba metiéndose en el horno toda la noche. Con el tiempo se tostó tanto la cabeza que enloqueció, sin recordar sus motivos y olvidándose completamente de esa niña de rizados turquesa que había encontrado abandonada una noche, la noche que decidió escapar para siempre de su vida.



Plumas Blancas

Beatriz Noriega

Ilustración

Carolina Suri



Plumas Blancas

Beatriz Noriega

*—En nuestro reino, sólo nos faltará un bosque tan hermoso como éste —le dijo Hans.
—Ya crecerá —respondió Aísa—, o tal vez algo se me ocurra...
Y al caminar de vuelta a su casa, los árboles a sus espaldas, muy lentamente, empezaron a cubrirse de plumas blancas.*

ADOLFO CÓRDOVA, “El rey cisne”, 2016.

Él descendió a la tierra por Ella, su hermana pequeña.

Ella, niña clarividente.

Él, bondadoso cuidador.

Hermanos de alas blancas, creadas pluma a pluma por su madre antes de morir.

Él arrulla el descanso lunar de Ella y su mundo.

Ella canta y el sol despierta.

Los hermanos velan por su reino flotante, lleno de palabras.

Una noche, un mal sueño. La tierra envuelve pies y piernas. Almas inanimadas, guerras, silencio. Ella no puede despertar. Ensueña un aleteo. Un cisne anuncia dolor y muerte si Ella no se aleja de Él.

Ella se marcha. El sol no despierta, nada ríe.

Ella, perdida. Como un sueño viejo, escucha una voz que la llama. Olvida su nombre. Sus alas se repliegan, se contraen y ocultan en la piel. Lucha contra fantasmas y leyendas. Se interna en la sombra.

Él subsiste en una tierra cruel que no comprende, que lo hiere y cubre de cicatrices. Se macera los cabellos. No tiene fuerzas para continuar. Un bosque

se adueña de su voluntad y de su memoria. Sus palabras y sus plumas se esparcen en el aire. Sin voz, sin alas, engullido por un silencio eterno, se transfigura en un árbol.

Él, árbol excelso, impenetrable, habitado por frutos y criaturas.

Ella, guerrera sin rastro.

Milenios de palabras dichas transcurren en la tierra.

Una mujer mágica visita el bosque. Se acerca a Él, y toca su corteza. Él recobra su memoria y le cuenta su dolor. La mujer le hace una promesa. Cuando ella encuentre al hombre que la amará, lo liberará para que busque a su hermana.

En algún territorio sin tiempo, Ella delira enferma y sueña que un Rey Cisne caminará por un bosque. Dudará de todo hasta que abraza a la mujer mágica que ama. Ese día el follaje verde de cada árbol del bosque se cubrirá muy lentamente de plumas blancas, sus ramas se desplegarán, se extenderán, aletearán inmensas, retronarán cual borrasca ¡y se irán volando!

Ciertos árboles habitarán un nuevo bosque. Un árbol terminará de cubrirse de plumas y buscará a su hermana.

Volará hasta encontrarla.



Morgana

Liliana Moreno

Ilustración

Raquel Mora



—¡Orate! ¿Qué estabas a punto de hacer? —le dijo la mujer—. Menos mal que se me ocurrió ese pequeño espectáculo de transformarme en oso, y menos mal que funcionó y te levantaste. hubiera sido una pena que perdieras tu encantadora ala de cisne. Hans se incorporó. Morgana. Morgana... —¡Al fin! —le dijo—. ¡Usted es Morgana! —No. Hans no comprendía. Insistió: —¡Sí! Usted es Morgana. —¡Por Dios, muchacho! ¡No! ¡Que la Reina de la Nieve me libre de ser esa gárgola decrepita!

ADOLFO CÓRDOVA, “El rey cisne”, 2016.

Morgana

Liliana Moreno

Estiró el cuello lo más que pudo hasta sentir que crujía y su cuerpo se volvía gelatina. Toda la tensión del día fue desapareciendo de sus extremidades conforme se hizo pequeña, frágil y pegajosa. No sufres dolor de huesos si no tienes huesos.

Su nombre era Morgana, o lo había sido cuando disfrutaba la grandeza y fama de su magia. Ese nombre debió haber desaparecido eras atrás, pero cada vez que se daba el lujo de respirar, convencida de que nadie lo recordaba, una pobre criatura necesitada la volvía a llamar.

Pero ahora sí, eso se había terminado. Ella ya no era Morgana. Nada de maldiciones, hechizos o pociones milagrosas. La magia tenía un precio demasiado caro. La última muchacha, Elisa, era el mejor ejemplo. Hermanos convertidos en cisnes, madrastra cruel, desgracia tras desgracia en su vida, y Morgana se atrevía a pedirle todos esos años de silencio y ridículos suéteres tejidos con hilaza de ortiga. Suéteres de ortiga, menuda idea. Seguro picaban, usándolos y tejiéndolos, y eran una pesadilla para cualquiera con sentido del estilo. Así fueran cisnes.

¡Ya! No más explosiones de colores ni transfiguraciones maravillosas. Habían pasado muchos años desde que Morgana, bajo un nombre falso y con pinta de joven bravucona, había llegado al pequeño pueblo. Al conocer a Éjnar, se había convertido en “esposa”, unos años más tarde en “mamá” y luego en “abuela”. Su nieta llevaba un nombre bonito y sin carga mágica, Aísa, y al verla crecer había decidido que era más fácil estar muerta y convertirse en una oca bajo su cuidado, aunque el estrés de las peleas entre ocas malhumoradas le hacía competencia al de estar viva.

Este día, en particular, se antojaba para ser caracol. Humedad en el punto justo, el sol ni muy intenso ni muy bajo y multitud de hierbas deliciosas. Incluso el sonido de las ocas resultaba más arrullador que molesto.

Luego llegó el muchacho.

Uno de los hermanos de Elisa, la pobre muchacha tejedora, había tenido mala suerte y conservaba un ala de cisne. Vaya lección de humildad para la poderosa Morgana, esa bruja tonta. Había escuchado llorar a su alma desde meses atrás, pero en una demostración magnífica de autocontrol, había decidido no responder.

Rey Cisne, le decían.

No podría tener un nombre más pretencioso ni aunque lo intentara. Además, apestaba a magia ajena

repartida sin control. Seguro había un mago en su reino. Ninguna bruja con sentido común derrocharía magia de esa manera. Le causaba picazón en todo su húmedo cuerpo de caracol. Resultaba más desagradable porque se mezclaba con el dulce aroma a ortiga de un contrahechizo bien hecho.

Su intención era ignorarlo, pero ninguna criatura podría ignorar la forma en la que Aísa se iluminaba en su presencia. Este Rey Cisne, Hans, era el que llevaría la maldición de la grandeza a su nieta. Le habían bastado unos días y una expresión de pichón a medio morir para conquistarla.

Algo así no requería la magia de un hada, si no la sabiduría de una abuela.

—Ya, ya, niña, no me pongas esos ojos —dijo cuándo el muchacho estaba lejos. Aísa le había dedicado la mirada más llena de significado que había visto en siglos.

—Está buscando a Morgana, abuela.

—No me digas.

No fue necesario más. Aísa vio a su abuela partir tras la pista de Hans a la mañana siguiente. En dos pies humanos, muy a su pesar.

Encontró al muchacho a punto de hacer algo estúpido y lo tuvo que detener, como era de esperarse. ¡Mira que pensar en cortarse el ala de cisne con un

hacha! Si no supiera lo bien que funcionaba su contra hechizo, pensaría que también conservaba el cerebro de pájaro.

Le tomó más magia de la que planeaba invertir, pero una vez que lo puso en su lugar, pudo regresar a sus ocas y a su nieta, sabiendo que le quedaba poco tiempo con ella y que la joven partiría a hacer historia muy pronto.

—Hay un mago en su reino, Aísa, te lo advierto. Y es bastante torpe. Regala la magia como si fueran dulces de hinojo.

—Todos los magos son torpes comparados con Morgana, abuela.

Como respuesta recibió un picotazo que se sintió como un beso.

—Todos los magos son torpes y punto, niña.

La última vez que Hans apareció por el camino, Aísa fue con él hasta un arroyo en donde se habían contado historias, y aceptó ser reina a su lado.

Una hormiga refunfuñona que alguna vez fue hada lo vio todo en primera fila y se alegró pensando que ya nadie la manipularía para ayudar a otra pobre alma en desgracia.

Estaba equivocada, por supuesto.



El hombre que perseguía a un hada

Alberto Pocasangre

Ilustración

Camilo Revelo



El hombre que perseguía a un hada

Alberto Pocasangre

...se puso de pie. La gente murmuraba. Una “p” y una “a” habían saltado a su mano. La puerta se abrió. La lucecita, el hada, salió y él corrió tras ella.

Tirado en el piso, abierto, el libro era devorado por un hormiguero de letras.

ADOLFO CÓRDOVA, “El destino de los niños perdidos”, 2016.

Llegó al pueblo precedido por una ráfaga de hojas azules, una tarde anaranjada, en los tiempos aquellos en los que el Rey Cisne y la Reina Aísa habían traído nubes prendidas de alas y una lluvia caída sobre los campos llenos de hortalizas que, en lugar de pudrirse —como temían los habitantes sin edad— crecieron fuertes y verdes como esmeraldas. En los alrededores del pueblo, el río que los hermanos del Rey Cisne habían desviado hizo brotar un bosque de árboles altos, estrechos y blancos que atraían a los vientos sibilantes de las estaciones.

Eso fue lo que le animó a quedarse, pues siempre había amado los árboles, le parecían buenos compañeros. Algo más en su recuerdo le decía que era un buen lugar para vivir.

Durante algunas semanas pasó desapercibido en aquel pueblo de viejos, pues él también lo era, pero cuando se percataron de sus manos inútiles para la agricultura, lo acorralaron las murmuraciones:

—Miren —cuchicheaba la esposa del tabernero—, ahí va ese hombre que, cuando cava la azada, en lugar de zanahorias siembra chorros de tinta lila.

—¿No es ese el forastero que cosecha ramilletes de papel en lugar de cilantro? —preguntaba sin disimulo el sacristán de la pequeña iglesia.

—Sí —respondía el viejo cura—, ayer lo vi sacar unos rábanos incomedibles con forma de vocales...

De nuevo se sintió extranjero y la tristeza volvió a tocarle el hombro. Creía que la había dejado atrás, en los caminos largos y fantásticos que recorriera desde la ciudad persiguiendo aquella lucecita que se le perdió durante una tormenta en un bosque profundo, donde los árboles le susurraron que tuviera cuidado con el hada terrible, capaz de convertir ejércitos enteros en pinos. Pero él no tuvo miedo, conocía a las hadas y a sus arranques de alegría o cólera. Sin embargo, no era esa el hada que buscaba. Y la tristeza apareció, mirándolo fijamente.

Pronto comprendió que la luz que perseguía se le había extraviado del todo. Para siempre.

Vagó sin rumbo días y noches, cargando en el pecho una oscuridad que no llenaba ni el canto de las flores que cambiaban de color al saludarlas ni el aullido seco de monos alados que volaban a lo lejos.

Una tarde cayó, muerto de cansancio, bajo un

árbol de tréboles de cobre entre los que el viento tintinaba una sola palabra. Una sola. Y en su sueño vio un pueblo lleno de viejos, donde el tiempo se había detenido y al que rodeaban árboles altísimos cubiertos por un plumaje delicado y blanco. Al despertar sintió que allí podría encontrar algo más que a un hada.

Pero no fue cierto. Otra vez estaba solo. Un niño perdido buscando algo que no encontraría. Vacío.

Un día recibió la visita del viejo más viejo del poblado. De ese que —además de ser el Consejero Real— caminaba como un mago y despotricaba como un herrero.

—Creo que lo tuyo no es sembrar hortalizas —le dijo—. ¿Qué fue lo que te trajo aquí en verdad?

—Una luz y un sueño lleno de árboles —le respondió.

—Entonces —dijo el viejo más viejo de todos los viejos—, ¿por qué no vas y vives en el bosque? Hay cerca del río una cabaña abandonada. Tal vez ahí, entre los árboles, encuentres lo que buscas.

Así que se quedó en medio del bosque escuchando las voces de río, el canto destemplado de las ranas y las palabras secretas del viento rozando las plumas blancas de árboles altísimos. Trataba de encontrar algo que aún no entendía. La luz, el hada, por la que abandonó aquel auditorio repleto, mientras su libro, su gran creación,

era devorado por sus propias letras enloquecidas, se le había extraviado, no había resplandecido más. Estaba solo.

Pasaba los días caminando por el bosque, escuchando las sombras de los lobos escabullirse y el aleteo de las ocas que sobrevolaban el pueblo. Alguna vez creyó ver a un oso negro bebiendo agua del río y transformándose en pez, pero fue una visión fugaz. Por las noches, cuando no podía dormir, se sentaba a la entrada de la cabaña a observar el cielo, buscaba las flechas doradas por si quizás, cerca de la segunda a la derecha, pudiera ver el tren lleno de huérfanos que se había perdido hacía meses.

Una noche escuchó un chillido ahogado. Como si algo punzante y terrorífico abriera la boca y se tragara bosques enteros, cascadas, valles, hadas. No tuvo miedo. ¡Él había peleado contra piratas! ¿Cómo iba a asustarse por unos chillidos lejanos? Sin embargo, por alguna razón, al pensar en las cosas fantásticas y terribles que poblaban el mundo recordó su gusto por las buenas historias. Y brilló una luz en su corazón.

Al día siguiente arrancó algunas plumas blancas de los árboles, pidió tinta y papel al viejo más viejo de todos los viejos y se sentó a la mesa de pino a escribir las historias que recordaba. A escribir sobre los personajes que había conocido en su camino y que no estaban más en la memoria de la humanidad. Y a medida que

atrapaba de nuevo las hormigas de letras que un día se le habían escapado, sentía que estaba encontrando ese algo que buscaba. Una luz en sí mismo.

De las plumas blancas nacieron líneas y líneas. Poco a poco, el forastero iba armando mundos y un hogar. Los mundos mágicos en el papel no eran menos mágicos que los que él había visto, soñado o imaginado. Ahí aleteaba un Rey Mono rumbo a Ciudad Esmeralda. Ahí un Pez Globo Boletero nadaba con sus parientes cerca de un coral en forma de locomotora. Ahí, en un pinar inmenso, los árboles se contaban historias de cuando habían sido soldados del rey antes de que una hermosa niña de cabellos turquesa los tocara. Ahí una chica se casaba, flotando un poco bajo su vestido largo sin saber que —tras los ventanales— la sombra de un niño eterno contenía el llanto, mientras su dueño, lejos, muy lejos, miraba con tristeza el mar infinito.

Un día cualquiera, el viejo más viejo de todos los viejos visitó al forastero quien lo recibió con una sonrisa y le mostró su libro. Las hormigueantes letras, esta vez, se habían quedado en las páginas. Afuera el río cantaba.

—¿Cómo vas a titularlo? —preguntó el viejo, rascándose las canas antiguas como todos los inviernos del mundo.

El forastero se quedó atónito. En realidad no había pensado en un nombre. Miró su libro. Las aventuras reales y mágicas que eran parte de su vida, que eran su vida, que eran él mismo y que le habían permitido encontrar su lugar en el universo. Y estaba por admitir que aún no tenía un nombre cuando de pronto, en su cabeza —como le pasaba a aquel duque que oía hablar a un mosco— resonó la misma palabra que había escuchado una noche bajo un árbol de tréboles de cobre. Una palabra, su suerte, que cobraba sentido, dicha por una pequeña emperatriz que se desvanecía: «Fújur». Entonces pensó en todo lo perdido y entendió cuál era su tarea. Miró al viejo más viejo de todos los viejos y respondió con los ojos humedecidos y la paz del que ha llegado a casa:

—Se llamará «El dragón blanco y otros personajes olvidados».



Canción Segundo lugar

Friki López



Inspirada en la premisa del libro
*El dragón blanco y otros personajes
olvidados*, de Adolfo Córdova.

Escúchala haciendo click acá o
siguiendo el código QR.

Epílogo: Tejedoras de tinta

Adolfo Córdova

“La creación es una urdimbre perfecta. Todo en ella tiene su proporción y su correspondencia. Todo está hilado con todo en una trama infinita que no podrían reproducir ni mis amadas tejedoras del sur. Pobres de nosotros si olvidamos que somos un telar...”. Son palabras pronunciadas por un mago, Kupuka, uno que va descalzo y huele a madriguera, con la piel color barro y la cabellera blanca. Las escribió otra maga, Liliana Bodoc, una que entendía cualquier acto creativo como un tejido de relaciones.

Ese es también el corazón de la narrativa de Cornelia Funke, quien detonó este proyecto y cuyas trilogías *Mundo de tinta* y *Reckless* son dos ejemplos de urdimbres perfectas hechas de hilos de muchas historias.

En ellas, Cornelia vuelve real la metáfora de la escritura y la lectura como herramientas de construcción y reconstrucción de mundos o tramas que conforman una tela real, realidad tejida.

“Lo último que oyó fue el bolígrafo de Fenoglio deslizándose sobre el papel, de letra en letra, veloz

como la lanzadera de un telar que va creando una imagen espléndida a partir de hilos negros...”.

Fenoglio, uno de los principales personajes en Mundo de Tinta, también es conocido como el Tejedor de tinta. Todo lo que escribe existe en un mundo paralelo. Teje y entreteje personajes de aquí y de allá que tienen sentido cuando alguien más los mira en su telar.

“¡Hablas de hechicería!”, “No. Hablo de leer”, esto responde Dedo Polvoriento a su compañera, Roxana, cuando le intenta explicar que la joven Meggie posee el mismo don que su padre, Mo: aquello que leen en voz alta se materializa. Les llaman “lenguas de brujo”.

Dedo Polvoriento, Roxana, Meg, Mo, son todos personajes de ese Mundo de tinta con el que Cornelia nos demuestra que leer y escribir sí son, de alguna forma, actos de hechicería.

Fue su lengua de bruja la que traviesamente creó el principio de este libro, tensó los hilos invitando a quienes nos escuchaban en aquel conversatorio de LIJPE a que extendieran el tejido de relaciones de mi libro *El dragón blanco y otros personajes olvidados* o el principio que lo rige: retomar a personajes secundarios.

Y así, como ya leyeron, Karina Echevarría nombró los deseos de una de las hijas del ogro de Pulgarcito, que esperamos haya logrado salvarse, aunque Perrault

no lo haya contado; Silvia Zenteno hizo meditar, con hambre y un agujero en el zapato, a Tweedledee y Tweedledum y al Gato de Cheshire de Alicia en una reunión sin pies ni pimienta; Laura Basso le dio una capa de invisibilidad a un joven soldado, soñador desconocido y cautivante de un cuento de los Grimm; y Dana Elizondo se despidió, con melancolía, de Bastián, Fújur y Atreyu para dar paso a otra historia interminable...

Muchos de estos cuentos mencionan, al pasar, a varios de los personajes que revisito en *El dragón blanco...* haciendo guiños o juegos de espejos. El efecto se amplifica en otros relatos que se centran específicamente en secundarios que yo también retomé.

A muchas “tejedoras de tinta” convocó la Hermosa Niña de Pelo Turquesa, el hada azul que describió Collodi en *Las aventuras de Pinocho*. Brenda González imaginó a una lectora que debe dejar su hogar y desearía que el hada apareciera en su vida para protegerla y proteger a otras; para Mariana Piñeros el hada es una guardiana que mira desde la pared a su hermana, en una habitación de indiferencias; Katia Álvarez se concentró en el terror y la fascinación del ejército de hombres que la niña hada transforma en bosque, y pareciera que Santiago Arboleda compuso su épica “*Marcha de los árboles*” para conversar con ese cuento; y Raquel Mora, Juliana Muñoz Toro,

Carolina Suri y Kamilo Revelo dibujaron o bordaron rostros nuevos para la Niña de Pelo Turquesa que son como un nuevo encantamiento, invitación a otros mundos.

Curiosamente, el resto de los cuentos también se relacionan de alguna u otra manera con el hada. Curioso o comprensible. Ese personaje que menciona Collodi fue quien me provocó a mí también la idea detrás de *El dragón blanco...* Collodi decía que el hada llevaba mil años viviendo en el bosque cuando conoció a Pinocho. De los homenajeados, quizá sea el personaje con el hilo más grueso, con mayor pregnancia.

Natalia Charry quiso saber más de la Pastelera Trágica, un secundario que inventé para contar el posible origen de El gato de Cheshire de Alicia, y rastreó en su pasado mezclando ingredientes de aquí y de allá, incluida una niña con rizos turquesa; también Beatriz Noriega conectó inquietantemente dos tramas: echó a volar a una hermana y un hermano cisnes, separados por un sueño y por un hechizo que a él lo convirtió en árbol, cuando era parte de un ejército, y será otra poderosa hada quien lo libere, ¿Morgana?; a Liliana Moreno le pareció que sí, Morgana bien valía un cuento propio, abuela o hada cambiaformas que salva al Rey Cisne de cometer una tontería; y, finalmente, Alberto Pocasangre, persigue a un hada en la piel de uno de los niños perdidos de

Peter Pan, que ya adulto, y una vez que encuentra su lugar en el mundo, se convierte en el escritor de *El dragón blanco...* Muy conmovido y agradecido con su juego metaficcional y con todos los otros que por un momento imaginaron, igual que en la canción “Segundo lugar” de Daniel Stiven López, que las voces secundarias también querían contar su versión de la trama. Gracias queridas personas tejedoras de tinta.

Ha sido un camino largo, de tres años, el que nos condujo hasta estas últimas páginas de *En una trama infinita*. De principio a fin fue muy placentero e inspirador leer las tramas (dibujadas, escritas o interpretadas) incluidas aquí, y también muchas otras que no entraron en el libro pero que confío sus escritores y escritoras seguirán explorando. Todas eran poseedoras de momentos inolvidables e ingeniosa intertextualidad.

El camino fue acompañado, en la primera etapa, por un jurado de amigos que se sumó profesional y voluntariamente al proyecto: Susana Figueroa, Julio Romano y María Fernanda García; y desde entonces y hasta ahora, por mi hermano elegido, Andrés, que vio siempre viable hacer este libro y sumó a los grandes magos de la FUC, y por Mariana, cómplice incondicional de LIJPE, Angela Colls, directora de la fundación de Cornelia y, claro, la propia Cornelia, hada madrina del proyecto.

La trama infinita de relaciones que nos hacen evocar Liliana Bodoc y Cornelia Funke, la que busca celebrar esta publicación, fue contada de otra forma por Marina Colasanti, una que nos recuerda un camino y un paso más atrás en el tiempo, primigenio:

“No existe una única historia de un único autor, sino que cada historia da origen a otras historias, en la formación de una red interconectada y simbólica, con un fondo mítico, cuya fuente se confunde con el surgimiento de aquello que llamamos humanidad”.

Sus palabras fueron parte de la conferencia “Tres veces traicionados: los cuentos de hadas mantienen su poder”, que dictó en el mismo LIJPE en el que participó Cornelia, dedicado a la fantasía y su capacidad de revolucionar vidas. Me gusta pensar que mientras ella las decía se iban escribiendo también aquí, de esa manera invisible que tiene la trama infinita de intrincarnos.

Ilustración: Itandehui Cruz



Sobre el LIJPE

Seminario de Literatura Infantil y Juvenil de Pereira

El Seminario de Literatura Infantil y Juvenil de Pereira LIJPE es un espacio de formación en Literatura Infantil y Juvenil dirigido a docentes, estudiantes, bibliotecarios, mediadores de lectura y creadores en las áreas del arte visual, la ilustración y la literatura, tanto como al público interesado en general. Ofrece conferencias, conversatorios y talleres impartidos por expertos nacionales e internacionales en el área, desarrollando en cada una de sus versiones una temática específica.

Se realiza anualmente desde el año 2017, habiendo alcanzado en el año 2021 su quinta edición. Ha contado con la participación de destacadas personalidades del campo de la LIJ, a quienes listamos a continuación con la expresión de nuestra mayor gratitud:

Alemania

Cornelia Funke

Marcela Carranza

Cecilia Bajour

Laura Escudero

Argentina

Ma. Teresa Andruetto

Isol Misenta

María Emilia López

Roberta Iannamico

Brasil

Marina Colasanti

Chile

María José Ferrada

Gonzalo Oyarzún

Felipe Munita

España

Ramón Salaberria

Ana Garralón

Ellen Duthie

Colombia

Yolanda Reyes

Claudia Rueda

Irene Vasco

Pilar Lozano

Ana María Arango

Carmen Elisa Acosta

María Osorio

Silvia Castrillón

Zully Murillo

Alberto Lozada

Carlos F. Sánchez

Diego Lebro

México

Verónica Murguía

Daniel Goldin

Martha Riva Palacio

Antonio Malpica

Adolfo Córdova

Uruguay

Federico Ivanier

Venezuela

Fanuel Hanán Díaz

Freddy Gonçalves

El evento es organizado por la Fundación para la Cultura, la Ciencia y la Tecnología con el apoyo de entidades como el Ministerio de Cultura de Colombia, la Secretaría de Cultura de Pereira y la Empresa de Energía de Pereira.

Ha sido dirigido desde sus inicios por Andrés Jiménez Montoya, literato y gestor cultural pereirano y se ha convertido en un espacio de referencia para

la LIJ latinoamericana, desarrollando una amplia comunidad cuya participación virtual, en las últimas dos versiones, ha sido mayor a las 150.000 personas.

Toda la información y programación anual puede ser encontrada en el sitio web www.lijpe.com o en las redes sociales Facebook e Instagram en el perfil @seminariolijpe.

“Y la hermosa mujer de pelo turquesa se hizo carpintero real. En el bosque se escuchó su picoteo, o latido. Era el corazón de un pino.”

Texto y bordado: Juliana Muñoz Toro



Índice: Hilos de la trama

Esta trama	12
<i>Andrés Jiménez</i>	

Prefacio	14
<i>Cornelia Funke</i>	

Primera trama

Un día cualquiera	18
<i>Cuento de Karina Echevarría</i>	
<i>Ilustración de Juliana Muñoz Toro</i>	
Hilo: 'Pulgarcito' de Charles Perrault	

Las consecuencias de meditar hambriento y con un agujero en el zapato	24
<i>Cuento de Silvia Zenteno</i>	
<i>Ilustración de Carolina Suri</i>	
Hilo: 'A través del espejo y lo que Alicia encontró allí' de Lewis Carroll	

La felicidad del soldado	33
<i>Cuento de Laura Basso</i>	
<i>Ilustración de Juliana Muñoz Toro</i>	
Hilo: 'Las doce princesas bailarinas' de Los Hermanos Grimm	

Otra historia de eternidad	40
<i>Cuento de Dana Elizondo</i>	
<i>Ilustración de Kamilo Revelo</i>	
Hilo: La historia interminable, de Michael Ende	

Segunda trama

Teresa, no te olvido	49
<i>Cuento de Brenda González</i>	
<i>Ilustración de Raquel Mora</i>	
Hermanas en el bosque	58
<i>Poemas e ilustración de Mariana Piñeros</i>	
Un recuerdo lejano	66
<i>Cuento de Katia Álvarez</i>	
<i>Ilustración de Kamilo Revelo</i>	
La marcha de los árboles	71
<i>Pieza musical de Santiago Arboleda</i>	
Hilo: La hermosa niña de pelo turquesa*	73
<i>Cuento de Adolfo Córdova</i>	
<i>*Del libro El dragón blanco y otros personajes olvidados (FCE, 2016)</i>	

Tercera trama

La pastelera trágica	90
<i>Cuento de Natalia Charry</i>	
<i>Ilustración de Raquel Mora</i>	
Hilos: ‘Alicia en el país de la maravillas’ de Lewis Carrol y ‘El gato en el tren de pensamientos’ de Adolfo Córdova	

Plumas Blancas	100
<i>Cuento de Beatriz Noriega</i>	
<i>Ilustración de Carolina Suri</i>	
Hilos: ‘Los cisnes salvajes’ de Hans Christian Andersen y ‘El Rey Cisne’ de Adolfo Córdova	
Morgana	105
<i>Cuento de Liliana Moreno</i>	
<i>Ilustración de Raquel Mora</i>	
Hilos: ‘Alicia en el país de la maravillas’ de Lewis Carrol y ‘El gato en el tren de pensamientos’ de Adolfo Córdova	
El hombre que perseguía a un hada	112
<i>Cuento de Alberto Pocasangre</i>	
<i>Ilustración de Kamilo Revelo</i>	
Hilos: ‘Peter Pan y Wendie’ de J. M. Barrie y ‘El destino de los niños perdidos’ de Adolfo Córdova	
Segundo Lugar	121
<i>Canción de Friki López</i>	

Epílogo: Tejedoras de tinta	123
<i>Adolfo Córdova</i>	

Sobre el LIJPE	130
-----------------------	------------

Las distintas creaciones artísticas compiladas en este volumen, con sus idas y vueltas a clásicos infantiles y juveniles, fueron detonadas por la lectura de El dragón blanco y otros personajes olvidados de Adolfo Córdova. Una idea de Cornelia Funke, tejedora de tinta, presentada en el Seminario LIJPE 2020 que coordinó Andrés Jiménez.

Autorxs incluidos en la antología:

Alberto Pocasangre, Brenda González, Camilo Revelo, Carolina Suri, Dana Elizondo, Friki López, Itandehui Cruz, Juliana Muñoz Toro, Karina Echevarría, Katia Álvarez, Laura Basso, Liliana Moreno, Mariana Piñeros, Martha Beatriz Noriega, Natalia Charry, Raquel Mora, Santiago Arboleda y Silvia Zenteno.

Ya sólo quedaba la voz de Mo y las imágenes que se iban formando a partir de las letras como un tapiz en el telar.

CORNELIA FUNKE, Corazón de tinta, 2003.

Todo está hilado con todo en una trama infinita.

LILIANA BODOC, Los días del venado, 2000.



